
FLORA
SANCHETTI
POLICÍA
CNP
AMOR
A PRIMERA
DUCHA

AMOR A PRIMERA DUCHA

FLORA SANCHETTI

Copyright © 2025 FLORA SANCHETTI
Todos los derechos reservados.

ISBN:

A quienes buscan la fuerza para empezar de nuevo,
a los corazones valientes que creen en el poder del amor,
y a todos los que saben que, incluso en los momentos más oscuros,
una sonrisa y un gesto inesperado pueden cambiarlo todo.



CAPÍTULO 1

Lo primero que pensé al llegar a la ciudad fue: "Genial, aquí nadie me conoce, nadie me mira raro y, si juego bien mis cartas, ni mi ex psicópata descubrirá que existo." Ilusa de mí. No pasaría ni veinticuatro horas antes de que la ciudad decidiera que el anonimato era solo para los villanos de cómic y no para mí.

El apartamento era minúsculo, como mi dignidad después de la ruptura, pero tenía una ducha decente y una vista a un patio tan aburrido como seguro. Eso me bastaba.

Con la emoción del cambio, y el cansancio pegado al cuerpo, lo único que quería era una buena ducha. Saqué mi neceser como si en él estuviera lo que más quiero, y me entretuve tres minutos eligiendo el gel más caro —sí, el de aroma a coco que nunca uso para que no se acabe— porque hoy merecía un lujo, aunque fuera

para espantar fantasmas.

Entré bajo el agua, dejando que la presión machacara todo lo que me pesaba en la cabeza. Cerré los ojos. Respiré hondo e imaginé una vida tranquila. Hasta sonreí. Qué fácil era pensar que todo iba a salir bien cuando nadie llamaba a la puerta, nadie enviaba mensajes amenazantes a las tres de la mañana y… bueno, nadie irrumpía por la ventana del baño como si esto fuera una comedia americana.

El estruendo fue tan teatral que por un segundo creí que estaba soñando. Pero el golpe contra la mampara, ese sí era real, tan real que lancé un chillido —de esos que te pica mucho la garganta.

—¿¡Qué…!? —alcancé a decir, asomando solo un ojo, con el champú resbalando traidoramente por la frente.

Y ahí lo vi. Una figura masculina, empapada de lluvia, encallada a medio camino entre el alféizar y la estantería de las toallas. Tan perfecto que ni en mis mejores noches en Tinder había visto a un ser tan explosivo. Ni siquiera en las fotografías de publicidad engañosa.

—¡Perdón! ¡Sigo a un sospechoso! —dijo él, intentando enfundar, fallidamente, una voz de autoridad tras el chapoteo. Tenía el pelo mojado, la mirada brillante y una camiseta de policía que se le pegaba demasiado bien al torso húmedo para mi alto nivel de estrés.

Él parpadeó y cuando bajó la mirada a mí, no supe si gritar, reírme o pedirle que me prestara la pistola.

—¿Perdón? —insistí, abrazando la cortina como si me fuera la vida en ello.

—¡Es que… el sospechoso! ¡Corrió por la escalera de incendios… y…! —gesticuló hacia la ventana y mi corazón, no sé si por el susto o por cómo se le marcaban los bíceps, decidió que se iba a acelerar igual.

El tipejo, al que ya distinguía perfectamente como policía pese a todos mis prejuicios de ver series, se encogió, torpe y brillante, con

una sonrisa ladeada que delataba que ni la primera vez que detuvo a alguien fue tan vergonzosamente memorable.

—Juro que esto no es lo habitual —añadió, mirándome de reojo mientras reculaba a paso torpe, tropezando con mi alfombrilla rosa de corazones.

No sé qué pasó en los siguientes tres segundos. Él por poco resbala, yo intento taparme más de lo posible, el agua sigue corriendo y, milagrosamente, el tipo se las apaña para abrir la puerta, lanzar un "¡Prometo que no he visto nada!" y perderse por el pasillo entre el eco de mis maldiciones y mi dignidad despedazada en la alfombrilla.

Me vestí a la velocidad del rayo, con el corazón en la garganta y la risa ya brotando, porque hay días en los que o lloras o te ríes. Salí del baño solo para ver —a través de la puerta entreabierta— cómo el policía salía a la carrera del edificio, descolgándose por la escalera igual que un acróbata con placa. Un vecino asomaba curioso, y solo pude balbucear un "joder", mientras cerraba la puerta a toda prisa.

A los cinco minutos, aún temblando, sonó el teléfono. Número oculto. Mi estómago se encogió y la realidad, de golpe, volvió. Era él.

—¿Piensas ignorarme mucho más? ¿O vas a atenderme de una puta vez? —dijo la voz de mi ex, helándome la sangre justo cuando el cuerpo intentaba combatir la vergüenza con adrenalina.

Colgué sin responder, y respiré hondo. No. Aquí no volvería a asustarme. He tenido que dejar muchas cosas atrás para permitirle eso. Acto seguido, sentí unas ganas tremendas de que ese policía torpe y guapo siguiera por los alrededores.

Recogí el móvil, bloqueé el número y, armada con una fuerte rabia, me senté en el sofá a recordar la cara del agente… y su apellido. La cinta de su uniforme solo me había dejado leer "Martínez".

Fue entonces cuando noté, junto al alféizar, una huella de barro y una tarjeta de identificación policial caída. La recogí. No sabía si devolverla o guardarla de souvenir, pero decidí quedármela. Aunque no lo hiciese nunca, me serviría para pensar que era la excusa perfecta para volver a verle algún día.

No me dio tiempo ni a inventarme una mentira aceptable para Puri porque el timbre volvió a sonar. Dos veces. Y solo una persona sería tan insistente: la propia Puri, que ya estaba pegando la oreja a la puerta, o el mismísimo agente Martínez, que venía a por su carnet.

Me asomé, todavía con la adrenalina dándome martillazos por dentro y era él. Más arreglado que antes, aunque se notaba que la carrera tras el ladrón le había hecho perder la compostura. Traía el cinturón torcido y el pelo… bueno, el pelo tenía vida propia.

—Eh… Hola. —Su voz era una mezcla de disculpa y ganas de soltar un chiste. Alzó la tarjeta que llevaba entre los dedos, idéntica a la que yo había recogido—. Venía a por esto… Aunque si te la has quedado de recuerdo, no me ofendo. De hecho, es la foto menos horrorosa que tengo en documentos oficiales.

No pude evitarlo y solté una risa breve, seca, que alivió el aire tenso del minúsculo recibidor.

—Podría habérmela quedado para chantajearte —le respondí, devolviéndole la tarjeta—. O para llamar a comisaría y decir que hay un agente asalta baños suelto por el barrio…

Sus ojos brillaron con picardía. Tomó la tarjeta y la deslizó en el bolsillo con teatralidad.

—Eso sería noticia para el grupo de WhatsApp de la comisaría. Aunque habría quien pagaría por esos titulares.

Había algo en su ligereza que calmaba. No eludía la situación ni la tensaba. Simplemente la convertía en un anecdotario absurdo.

—Por cierto, antes de que se me olvide: ¿estás bien después de…

bueno, de mi entrada? —preguntó, gesticulando torpemente hacia el baño—. No me suelen pasar estas cosas… normalmente.

Se me escapó una sonrisa. En otro momento lo habría mandado a paseo, pero ahora, en esta ciudad donde no conocía a nadie, agradecí el gesto humano y el humor.

—Estoy entera. Con un poco menos de dignidad, eso sí, pero supongo que eso se regenera, ¿no?

Él bajó la mirada, divertido.

—Todo se regenera en esta ciudad menos los carteles de "No pisar el césped", esos deberían cotizar en subastas de antigüedades. Pero bueno, si necesitas algo… Cualquier cosa, desde recomendaciones de pizza hasta rescates heroicos, aquí tienes el número de la comisaría. Te prometo asistencia premium… y cero irrupciones bajo la ducha. Palabra de agente.

Me entregó una tarjetita pequeña con el teléfono y su nombre garabateado en azul: Javier Martínez. Vi el dibujo de una carita sonriente en la esquina. Este chico no podía ser real.

—Gracias, Javier —dije, y el nombre sonó casi íntimo en la boca.

—Nos vemos en una situación menos… acuática —contestó, pestañeando con esa caradura irresistible.

Salió al rellano y volvió a lanzarme una última sonrisa antes de desaparecer escaleras abajo, probablemente a otro caso donde no rompería ninguna mampara, aunque quién sabe, quizá sí algún corazón más.

Me quedé mirando la puerta cerrada y sentí la vibra inconfundible de las cosas buenas que no ves venir. Aunque, por si acaso, fui directa al baño a comprobar el pestillo y la ventana.

Suspiré hondo. Podría ser el principio de una historia ridícula, pero era mía y algún día podría contársela a mis nietos.

No pasó ni una hora antes de que el teléfono volviera a vibrar.

Esta vez era un mensaje oculto. Mantuve silencio, miré la pantalla y deslicé el dedo. No quería vivir con miedo. No otra vez.

—No vas a librarte de mí tan fácil —decía el mensaje, gélido y familiar.

Mi garganta se cerró, la comicidad del día acababa de evaporarse en un segundo. Pensé en llamar a la policía. Pensé en desaparecer. Pero esta vez no iba a huir. Esta vez tenía que ser fuerte.

Cogí la tarjetita con el nombre de Javier y la guardé en el cajón de la mesilla. Quizás necesitase usarla de verdad.



CAPÍTULO 2

Hay mensajes que atraviesan la pantalla y se clavan como una aguja sin anestesia. Mensajes que te hacen poner los pies firmes, aunque las piernas quieran desaparecer. Esa madrugada, el móvil vibró de nuevo y despertó una tormenta que no supe cómo apagar.

“Voy a encontrarte, ¿quieres apostar?” decía el texto, corto y punzante, sin margen para la duda. No era la primera vez que mi ex me mandaba mensajes así, pero esta vez era diferente: había algo que lo hacía más frío, más peligroso. Mi refugio ya no se sentía tan seguro.

Apagué la luz y me quedé mirando el techo. La ansiedad se enredaba en mis pensamientos y de nuevo sentí miedo.

En mi pequeño apartamento, la noche parecía demasiado larga, y la seguridad, demasiado frágil. Me senté sobre el colchón y tras unos

segundos dándole vueltas a mis pensamientos, decidí que, si iba a plantar cara a esto, tenía que hacerlo bien.

Me vestí con rapidez, me abrigué y salí al frío cortante como un golpe. Las calles estaban vacías, salvo por el eco de mis pasos apresurados.

Llegar a la comisaría fue una mezcla de pequeñas batallas internas: mantener la calma, no doblar la espalda, tragar el nudo en la garganta. Sonreí irónicamente: denunciar era lo correcto y, sin embargo, sentía que estaba traicionando a alguien que antes fue importante para mí.

El señor de la ventanilla me miró con una mezcla de profesionalismo y empatía que no siempre se encuentra. Con voz suave y práctica, me preguntó los detalles mientras luchaba conmigo misma para no romper a llorar.

Cuando deslicé el teléfono y le mostré los mensajes, vi cómo su rostro cambiaba, esa línea invisible que separa la rutina de la preocupación real.

—No estás sola —me dijo entonces, con un tono que parecía contener más de lo que decía—. El agente que lleva el turno viene en un momento. Te verá en unos minutos.

Me quedé mirando el pasillo, y sentí que un suspiro escapaba sin permiso. Y entonces apareció él.

Javier Martínez. El policía que irrumpió en mi baño como un tornado de desorden. Ahora, serio, con la mirada clara y el porte firme, parecía haber dejado la comedia a un lado para ponerse la armadura de quien defiende sin miedo.

Nos cruzamos la mirada, y en un instante, la sorpresa y la complicidad nos dejaron ver que el universo había decidido volver a unirnos.

—Otra vez, ¿eh? —me dijo con una sonrisa pícara—. ¿Vienes a reclamar tu mampara?

Me reí casi sin poder evitarlo.

—Ojalá, pero esta vez vengo por algo más serio.

Me invitó a seguirlo a una sala más privada, una pequeña oficina donde el mundo exterior parecía un poco menos aterrador.

Mientras le contaba todo, vi cómo su expresión se suavizaba y sus gestos cambiaban, mostrando que detrás del uniforme había alguien dispuesto a escuchar y proteger a quien más lo necesitaba.

Al terminar, notó que estaba bastante alterada y me ofreció un gesto que fue mucho más que una simple invitación.

—¿Te apetece que salgamos un momento para que te tomes una tila? Te debo una disculpa oficial por la incursión del otro día.

La voz tenía ese toque de humor salvador que ya conocía, pero ahora su calidez era un refugio inesperado.

Asentí, aún temblando, aceptando que quizá afrontar el miedo no era una batalla que tenía que librar sola.

Salimos juntos de la oficina hacia la calle y me guio hasta la cafetería que estaba al lado de la comisaría. Era tan anodina como una sala de espera, solo que olía a pan recién hecho. El mundo parecía distinto ahí dentro.

Me fijé en que Javier tenía una manera extraña de pedir cafés y tilas: con decisión, como si estuviera salvando a alguien, y un guiño al camarero, que ya lo había bautizado como "el poli de las bromas malas". Nos sentamos cerca del ventanal empañado y aunque seguía con mucha ansiedad, su presencia, al otro lado de la mesa, conseguía restarle importancia.

El primer sorbo fue casi medicinal. Sentí cómo el calor me iba devolviendo a mi cuerpo, aparte de despertarme las ganas de llorar en el sitio menos apropiado. Pero la costumbre, esa vieja aliada, me salvó de hacerlo.

—¿Siempre intimida tanto la comisaría o es mi cara la que

asusta? —rompió el hielo Javier, con ese humor de superviviente que solo tiene quien ha visto demasiado.

—No, tu cara no… —me callé al recordarlo entrando por la ventana del baño—. Bueno, tal vez un poco sí. Nunca olvidas a tu primer policía en la ducha, ¿no?

La carcajada fue instantánea, y algo dentro de mí aflojó el nudo. Empezamos entonces un ping-pong de historias absurdas. Él contó cómo confundió, en sus primeras semanas de servicio, a un maniquí con un ladrón, y yo confesé que una vez intenté pasar por "experta en plantas" solo para conseguir una cita, y el pobre cactus nunca sobrevivió a mi intento de impresionar.

El tema inevitable volvió, fluyendo como un río que siempre encuentra su cauce. Javier dejó la taza en la mesa:

—Y ahora… fuera bromas. Cuéntame todo lo que llevas tragando sola. Conmigo no tienes que disimular.

Ahí, las palabras fueron saliendo. Los mensajes. El miedo tras la mudanza, el instinto de mirar siempre atrás... Le hablé de mi familia, de mamá llamando cada noche, de las apps para cambiar el número, de la sensación de vivir siempre a medias.

Javier escuchaba con una mezcla entre paciencia y furia contenida. A veces asentía, otras veces apretaba el puño por debajo de la mesa, y otras se limitaba a estar, que a veces es suficiente.

—¿Sabes qué me enseñó este trabajo? —me dijo, bajando la voz —. Que al final, el que la hace, la paga. No estás sola. Ahora eres mi "caso personal", que lo sepas. Ventaja: café y tila gratis. Desventaja: que vas a tener que aguantarme unas cuantas veces más.

La risa me salió entre lágrimas y migas de pan tostado.

Hablamos de denuncias, de los siguientes pasos, de cómo él mismo —si yo lo autorizaba— podría encargarse de mantenerme informada del proceso, de pasar la noche tranquila porque ya se pondría en marcha la protección. Nada de promesas vacías; solo

realismo, proximidad y ese tipo de empatía que se necesita en momentos así.

Antes de marcharnos, Javier apoyó un papel doblado al lado de mi taza: su número personal, con un "si alguna noche no puedes dormir, escríbeme. Aviso: no sé dar consejos sobre plantas".

Me marché de la cafetería con su calidez adherida a la piel. No se habían ido los miedos, pero ya no eran como antes. Fuimos juntos de vuelta a la comisaría y extrañamente ya no me sentía sola.

Justo antes de cruzar la puerta, volvió a hablarme:

—Vuelve mañana para que podamos terminar de tramitar la denuncia y cuando todo esto pase, te invito a desayunar sin uniforme y sin amenazas. Palabra.

Le sonreí con ganas, de esas que hace años no me salían automáticas. Porque la vida, aunque a veces duela, también sabe colar pequeños milagros en medio del desastre. Y yo acababa de encontrar el mío.



CAPÍTULO 3

El cielo era tan azul, tan limado de nubes, que no cuadraba ni por asomo con la retahíla de emociones pegadas a mi espalda. Salí de casa algo más erguida que la víspera, aunque con la duda colgando de los hombros: ¿la denuncia será suficiente? ¿Y si mi ex va más allá de las palabras?

Al llegar a la comisaría, todo parecía funcionar a base de café y pura inercia: el recepcionista discutía con la impresora, una agente novata tropezaba con sus propios pies y el sol colaba una raya de luz imposible por la ventana más alta. Nada parecía peligroso a la vista, aunque por dentro mi estómago se debatía entre el pánico y las ganas locas de que alguien —un agente, un héroe, Javier— levantara la mano y dijera: "Aquí no te toca ni el miedo".

Javier apareció apenas unos minutos después de que yo llegase.

Llevaba el uniforme perfectamente arreglado salvo por un remolino indomable en el flequillo, como si la mañana también fuese para él una carrera a medio terminar. Sonrió, y sentí que, podía soltar un poco el aire.

—¿Lista para tu salto a la fama en los archivos policiales? —bromeó, extendiéndome una carpeta.

Me reí, de verdad, como agradeciendo el tono humano que le imprimía a todo.

—¿Siempre haces esto tan fácil para la gente?

—Depende. A veces tengo que poner cara seria para que se asusten los ladrones —guiñó un ojo—. Pero contigo funciona mejor el humor.

El proceso de la denuncia era menos dramático de lo que mi mente había imaginado. Javier me traducía los tecnicismos con frases de andar por casa: "aquí marcas la pestaña del miedo y aquí la de: quiero paz en mi vida". No disimulaba su empeño en protegerme, pero tampoco quitaba gravedad al asunto. Llamó a la unidad tecnológica, compartió mi caso con una oficial, y me explicó cada paso como si el tiempo no se midiera en minutos, sino en anécdotas que suavizaban el trámite.

—¿Sabes qué es lo mejor de las comisarías? —susurró en un momento en que la sala quedó en silencio absoluto—. Que siempre hay alguien dispuesto a escucharte de verdad, aunque el mundo parezca decir lo contrario.

Hubo una pausa. Javier se adelantó y cerró la puerta de la sala.

—Ahora, en serio —dijo, casi en un susurro—. Quiero que sepas que te vamos a cuidar. Que si este tipo se acerca, ya no estás sola. No porque yo lo diga, sino porque es verdad. Da igual lo torpe que a veces parezcamos, vamos a estar ahí para ti.

La frase, sencilla, me llenó de una confianza inesperada. El día anterior había sido todo vértigo y terror, y hoy, aunque no podía

conjurar lo que vendría, me bastaba con sentir que alguien —al menos uno— estaba de mi lado para variar.

Los compañeros de Javier pasaban por el despacho con saludos, bromas sobre "los novatos que rompen la impresora" y, de vez en cuando, alguna voz más alta que otra. Él, sin embargo, no perdió el hilo ni la calidez. Cuando llegó la hora de firmar la denuncia, me tendió el bolígrafo:

—Si tu ex te vuelve a molestar, lo trincamos antes de que llegue a tu portal. Palabra de… bueno, de poli allanador de duchas.

La carcajada esta vez resonó tanto que la agente del despacho contiguo se asomó, curiosa. Javier, ni corto ni perezoso, le explicó que "la señorita es de risa nerviosa". La agente sonrió y me guiñó un ojo, como si supiera de qué iba todo.

Al terminar con los protocolos, Javier miró el reloj y me preguntó si quería tomar un poco el aire. Asentí —prefería mil veces las vistas y la brisa de fuera al corcho lleno de expedientes y los pósters disuasorios de la sala de denuncias.

Fuera, la vida seguía. La gente discutía por los turnos del autobús, los perros tiraban de sus dueños y un repartidor de pan perdió la bolsa justo frente a nuestros pies. Javier le ayudó mientras yo me reía por lo bajo. Había algo en esa mañana tan ordinaria que lo hacía todo menos terrible.

—¿Y bien? —me preguntó, aflojando su camiseta y mirándome de lado—. ¿Te apetece desayunar de verdad? Aquí hacen unos croissants de escándalo.

Asentí. A esa hora, y en esa compañía, lo menos que podía hacer el universo era regalarme un buen desayuno.

Estar sentada junto a un policía tan atractivo en la cafetería de la esquina se sentía a la vez surrealista y reconfortante. Javier eligió una mesa cerca de la ventana y pidió dos croissants enormes —el camarero ya ni preguntaba—, mientras yo me dedicaba a jugar con

el sobre de azúcar para mantener las manos ocupadas.

Él cazó mi mirada en ese vaivén nervioso, y su sonrisa fue de esas que empujan las nubes:

—Hoy será un buen día, ya verás. Después de que le llegue la denuncia, si es listo, no te volverá a molestar. Créeme que has hecho lo correcto… A partir de ahora, solo risas y cero mierdas.

—¿Y si me pongo a llorar? —solté, entre broma y verdad, con la voz temblona de quien todavía no acaba de acostumbrarse a respirar tranquila.

—Entonces te cuento la vez que me disparé con una pistola eléctrica en la pierna intentando aturdir a un ladrón. Spoiler: el ladrón terminó ayudándome y yo me quedé con el mote de "chispitas" hasta hoy —contestó, con esa gracia serena tan suya.

Me reí tan inesperadamente que hasta el camarero sonrió al escucharme. La costra del miedo se agrietaba, y tras cada grieta asomaba algo que llevaba tiempo oculto: mis ganas de seguir siendo yo, incluso tras el miedo.

Hablamos entre mordiscos y anécdotas: de la vida antes del ex, de mis sueños de hornear y abrir mi propio local, de su afición a contar chistes malos en los turnos de noche para que el mal tiempo no le cale los huesos. No hubo preguntas incómodas, solo espacio. Él parecía saber leer cuando el silencio hablaba más que mis respuestas.

—¿Qué harás hoy después de… todo esto? —preguntó, como quien invita a buscar futuro.

—Hoy… quizás dormir una siesta tranquila. Llamar a mi madre. Y ver si me acuerdo de cómo se vive cuando no tienes que revisar la puerta tres veces antes de salir.

La respuesta le gustó. Alzó su café y brindó en voz baja:

—Por las siestas tranquilas, las madres sabias y los croissants que

nunca fracasan.

Esa complicidad rara iba germinando rápido —quizá por la manera en que habíamos sido lanzados el uno al mundo del otro, o porque a veces el peligro une más que mil citas predecibles. El tráfico aumentaba, los minutos pasaban y nosotros nos quedamos un ratito más, ajenos a la prisa.

Antes de volver a la comisaría me dio su número, otra vez, en una servilleta llena de figuritas: croissants, una taza, y una especie de poli palo con bigote.

—Por si has perdido el papel que di ayer. —dijo en broma, pero yo sabía que no era así.

Caminamos de regreso, ya no como dos desconocidos: la denuncia estaba puesta, el desayuno en la barriga. Era solo el inicio, pero bastaba. La vida no vuelve a ser la misma después de enfrentarte al miedo, y yo, por fin, podía permitirme sonreír al futuro.

Javier, en la puerta de la comisaría, hizo una última reverencia cómica.

—Si la patrulla del deber lo permite, pasaré a verte mañana para asegurarme de que estás bien.

Le sonreí, notando un leve temblor en el corazón.



CAPÍTULO 4

El eco de la comisaría se desvanecía detrás de mí mientras callejeaba, con la denuncia recién puesta como única medalla de valor. Los últimos días vestí la rutina de siempre, pero por dentro algo había cambiado. No hubo mensajes nuevos, ningún número oculto intentando colarse en mis pesadillas ni alertas falsas en el móvil. Era tan extraño sentir esa tregua que, en lugar de relajarme, durante días tuve la sensación de que en cualquier momento ocurriría algo.

Pero no ocurrió nada.

Y lo peor o lo mejor de todo es que el silencio, al principio asfixiante, empezó a gustarme.

Me dediqué a observar detalles que antes me pasaban desapercibidos: el color de la farola junto al portal, el cartel cascado

del ultramarinos, la manera en que los jardines improvisados de los vecinos resistían con dignidad los inviernos urbanos. Hasta el sabor corriente del café de máquina pareció tener algo de redención.

Decidí entonces escribirle a Javier. La primera frase la borré tres veces antes de atreverme a mandar algo donde no sonaba ni necesitada ni sobrada de confianza.

"Hola, experto en irrupciones acuáticas. Solo quería darte las gracias. Parece que la calma está ganando por puntos. No sé si se permite ser feliz así de pronto, pero tú tienes parte de culpa."

El único tic que delataba mis nervios era mirar el móvil cada dos minutos, como si esperar respuesta fuera la condición para respirar.

No había pasado ni media hora cuando contestó.

"¡Esa es mi campeona! Esta tarde la tengo libre. ¿Te animas a tomar algo?"

No necesité más. Una sonrisa involuntaria, el tic de querer contárselo a todo el mundo y un sí espontáneo:

"Por supuesto. Pero solo si me llevas a por un croasant como el del otro día."

El trato estaba hecho.

Me pasé la tarde devanando los minutos, sintiendo cómo la inquietud se apoderaba de mí. Quería verle.

Elegí ropa sin darle más vueltas, peinándome con las manos frente al espejo —como insistía mi abuela: "sólo quien espera la alegría cuida el reflejo"— y antes de atreverme a cambiar de idea, ya bajaba por las escaleras.

La ciudad, al atardecer, parecía menos hostil. Había bares llenos de conversaciones, calles con luces parpadeando, aire fresco y gente ajena a mis miedos. Y allí, entre esa normalidad que tanto había soñado, me esperaba Javier, con la chaqueta colgando en un brazo y la sonrisa ligeramente torcida.

—¿Lista para pasar la mejor tarde de tu vida? —soltó en cuanto me acerqué, como si ambos supiéramos que cualquier cosa menos la risa sería aquí un pecado.

A Javier le venía bien cualquier excusa para bromear. Apenas crucé la acera, me sujetó la puerta de la cafetería con una teatralidad desbordante, como si estuviera a punto de recibir un premio Nobel por tan heroico gesto.

—Adelante, señorita. Paso libre, riesgo cero de malhechores —declamó, con esa media sonrisa suya que suavizaba las cicatrices.

El local era pequeño y cálido. Pedimos sin mirar la carta, como si el instinto nos guiara, y elegimos la mesa pegada a la ventana, justo al alcance de la luz naranja del atardecer.

—¿Ves ese parque de ahí? —Javier señaló con la barbilla hacia la calle—. La última vez que intenté impresionar a una chica, acabé con un perro frotando su… pene contra mi pierna y dos magdalenas volando por los aires.

—No puedo creerlo —reí— ¿Qué pasó con la chica? —quise saber, amparada por el misterio.

—Se casó con el pastelero. El perro sí me quiso, aunque después descubrimos que era alérgico a mi uniforme… —contestó de golpe, y casi me atraganto con el agua.

Toda tensión se fue disipando con la misma rapidez que el azúcar en el café. Hablamos de cosas pequeñas: el primer trabajo basura de cada uno, el peor regalo jamás recibido, los lugares a los que huimos cuando el mundo aprieta. Compartí alguna historia absurda sobre mi madre y su lista interminable de consejos para sobrevivir a solas…

Entre risas y anécdotas absurdas, la complicidad fue tejiéndose sin remedio. Javier tenía la virtud de convertir lo incómodo en ligero. Era torpe y encantador a partes iguales; el tipo de persona con la que te pillas sonriendo sin haberte dado cuenta.

Se hizo un silencio inesperado. Esta vez, distinto: cómplice y cargado de certeza. No era necesario decir que el miedo estaba ahí, agazapado, ni que costaba dejarlo fuera. Pero tampoco hacía falta ponerlo sobre la mesa.

Javier fue claro:

—Me alegra que me hayas escrito. Justo cuando pensé que desaparecerías sin más, volviste, dispuesta a degustar un nuevo croasant con este poli desastre.

No supe que responder y preferí regalarle una media sonrisa, sincera y relajada.

Cuando salimos, el sol se desmayaba detrás de los tejados y la ciudad parecía darnos una tregua. Caminamos despacio, esquivando charcos y me acompañó hasta el portal sin prisas, sin robarme el espacio ni invadir el aire.

—Si alguna vez quieres seguir engordando, ya sabes dónde encontrarme —se despidió, señalando su teléfono y dejando de nuevo la posibilidad abierta.

Cerré la puerta con movimientos lentos, guardando en la memoria esa escena inusual y reí para mí. Por fin sentía que estaba volviendo a vivir y esa noche logré dormir casi como antes de que todo empezara.



CAPÍTULO 5

Desperté con la extraña sensación de haber soñado una vida ajena. No hubo sobresaltos, ni pesadillas, solo el rumor de la ciudad encendiendo motores y el tibio sol intentando colarse entre mis cortinas. Bajé a la cocina perezosa, atrapando migas de la cena y una sonrisa involuntaria, que sé a qué se debía.

En el teléfono, ninguna alerta. Solo el eco de la conversación de ayer con Javier.

Decidí que el mundo no se iba a acabar si me regalaba una mañana tranquila y salí a pasear, sin ruta fija, disfrutando de la ciudad como quien estrena zapatos nuevos y quiere probar cada acera. Me sorprendió la cantidad de cosas que me había perdido mientras andaba con la mirada baja: los murales coloridos, el perfume dulce de la panadería, un grupo de niños jugando a la

pelota y riendo como si nunca fuera a terminarse el recreo.

Caminé hasta un parque pequeño, uno de esos rincones donde todo parece una escena secundaria en la gran película de la ciudad. Me senté en un banco, aspirando la tranquilidad, y entonces escuché el sonido más inesperado: mi nombre, pronunciado en voz baja, pero clara.

—¿Eres siempre tan madrugadora o los croissants están de oferta? —Javier se acercaba con paso despreocupado, luciendo ese vaquero algo gastado que le quedaba tan bien.

No lo había visto, pero no me sorprendió encontrarlo. Era como si formara parte de ese nuevo decorado en el que se estaba convirtiendo mi vida.

—Practico como deporte nacional, descubrir rincones donde nadie me conoce —respondí, dejándole espacio a mi lado en el banco.

—Soy buen compañero de equipo —afirmó, sentándose. Se revolvió el cabello, incómodo y cómodo a la vez, mirándome de reojo—. ¿Hora de las confesiones o guardamos ese cartucho para otro café?

—Te advierto que mi vida tiene menos glamour fuera de los líos —bromeé, pero algo en su mirada me animó a seguir—. Solo soy una chica intentando volver a confiar en todas las pequeñas cosas que nos regala la vida. Como estar aquí y no sentir que la historia se me cae encima.

Javier asintió, comprendiendo el peso que portaba.

—Los mejores días se construyen con rutinas normales. Y si alguna vez extrañas un poco de drama, siempre me tienes a mí para romper la monotonía… o alguna ventana, si hace falta.

Tuve que reír.

La conversación con Javier fluía sin esfuerzo, como si el banco del parque hubiera estado esperando justo nuestro peso para darnos

permiso de quedarnos horas allí. El mundo alrededor seguía su curso: niños saltando, ancianos en su paseo metódico, algún ciclista sortea-bancos. Yo ni pestañeaba por miedo a que se evaporara el momento.

Javier, como siempre que teníamos un momento para nosotros, empezó a contar anécdotas del trabajo, sin el disfraz de héroe que tantos otros se ponen. Confesó su pánico a las palomitas de microondas, su fracaso absoluto en la cocina y algún caso tan disparatado, como el día que tuvo que arrestar a un ladrón que llevaba ciento cuarenta y dos helados escondidos bajo la ropa.

Yo le devolví historias de supervivencia: el primer piso en la ciudad, la vez que casi quemo la cortina aprendiendo a cocinar sola, y mi manía de hablar con plantas secas para ver si alguna sobrevivía a mi falta de mano.

Los silencios comenzaban a dejar de ser incómodos. Solo el presente, ni memoria ni miedo. Sentí, por un instante, que quizá el futuro podría ser mucho mejor de lo que creía.

Entonces, el teléfono vibró. Presa de un reflejo antiguo, noté el escalofrío, el regreso sordo del pánico. Javier lo advirtió y me miró de lado, atento sin invadir.

Mensaje desconocido. Un "Vas a pagármelas" escrito sin remitente aparecía en la pantalla.

El corazón me saltó, pero al mirar a Javier —su gesto serio, sus manos listas para sostenerme y su mirada de que todo irá bien— el miedo no se hizo dueño de mis palabras. Se lo mostré, sin sorprenderme ya por necesitar compartirlo.

—Otra vez empieza la función —dije, con la voz templada, pero menos frágil que antes.

Él no dejó espacio al pánico. Se erguió, tomó mi mano un instante y me habló con suavidad:

—No te preocupes. No importa cuántos mensajes lleguen: tú y yo

vamos a contestarle juntos. No dejes que te robe la mañana. —Y añadió, ya levantándose—. Te acompaño a casa. Después, te prometo que esa amenaza la convertimos en informe y, si hace falta, me pongo en modo guardaespaldas todo el día.

Mientras caminábamos de vuelta, supe que los miedos no desaparecerían de golpe. Pero también entendí que, mientras tuviera a alguien dispuesto a hacer chistes en bancos de parque, el camino iba a ser menos cuesta arriba.



CAPÍTULO 6

Hace una semana, si alguien me hubiese preguntado qué se siente al tener un policía en el sofá de casa, me habría reído asegurando que nunca lo sabría. Hoy, sin embargo, Javier se paseaba por mi salón como si siempre hubiera estado ahí y descalzo, con una taza de chocolate caliente en la mano.

No fue una noche cualquiera. Horas después de aquel mensaje extraño en mi móvil, llegó otro. Esta vez no de mi ex, sino de ciberseguridad, que había encendido todas las alarmas. Javier se puso en modo operativo en menos de tres segundos. Llamadas, teclas golpeadas con rabia, murmullo rápido: "Sí, ahora mismo, la cuenta, los registros, activa doble factor." Ese tipo de frases que sólo tranquilizan a quienes las entienden.

La casa, lista para la trinchera, no era mucho, pero servía: dos

habitaciones, un baño con la mampara aún con secuelas de susto, la cocina donde los electrodomésticos sobrevivían a fuerza de milagros. Todo parecía más pequeño esa noche, o tal vez era que, de golpe, no estaba sola para aguantarlo.

La calma fue llegando poco a poco, pero cada vez que el móvil vibraba, mi cuerpo saltaba una décima de segundo más rápido que mi cerebro. Javier se acercaba, comprobaba todo y me daba ese asentimiento corto de quien sabe.

—¿No te molesta estar aquí? —pregunté con verdadero remordimiento.

—¿Contigo? Por favor —contestó levantando la taza—. He pasado noches mucho más aburridas en el coche patrulla, y siempre salí perdiendo al piedra-papel-tijera con mi compañero. Aquí, por lo menos, hay chocolate y alguien que no me mira como si quisiera deshacerse de mí.

Le agradecí en silencio, porque a veces lo más difícil no es encarar el peligro, sino dejarse ayudar en lo cotidiano: dejar que otro vea tu pijama viejo, tu cuarto con calcetines huérfanos, tus platos apilados de la semana.

La noche avanzaba y la ciudad seguía con su vida de siempre, semáforos intermitentes, perros sin correa, algún que otro grupo de risas lejanas. Dentro, compartíamos historias para distraer el insomnio.

—¿Cuál ha sido tu peor noche de guardia? —quise saber, abrazando la taza con ambas manos.

Javier sonrió, se recostó mejor.

—¿Solo una? Imposible. Pero hubo una en que un tipo disfrazado de Batman paralizó el turno entero. Dos agentes corriendo detrás como si fueran sus Robin de saldo, una anciana retransmitiendo en directo con el móvil gritando *"¡Like y suscríbanse!"*, y yo mediando paz mientras el loco saltaba entre matorrales como si fuera una

gárgola de Gotham. La persecución terminó cuando decidió que lo más heroico era subirse a un árbol… y se quedó colgado del calzón, batiendo las piernas como si fuese un murciélago de feria…

Carcajee hasta quedarme sin respiración.

La risa era alivio, pulso. No hablábamos de mi ex ni del miedo, y conquistábamos de a poquitos la casa y el insomnio.

La madrugada llegó despacio. Javier, atento a todos los sonidos, se ofreció a quedarse. No me resistí. Adoraba esa forma suya de estar, de reír bajito cuando me quejaba del mando de la tele o perdía la guerra contra el microondas.

—¿Te importa si dejo la luz del pasillo encendida? —pregunté antes de irme a la habitación.

Nos miramos, comprendiendo sin palabras que aquella luz pequeña era mi frontera con el miedo.

Dormí mejor de lo esperado. No fue un descanso absoluto, pero sí suficiente para que mis huesos recordaran qué es confiar al menos unas horas. En la puerta, escuché el rumor cálido de Javier conversando en voz baja por teléfono. No entendía nada, pero su presencia cubría más que las mantas.

Desperté con una calma inusual, como si el eco de la noche anterior hubiera dejado huellas suaves en toda la casa. Javier ya estaba en movimiento: revisaba el móvil, apuntaba notas y, de vez en cuando, se levantaba a poner agua para café.

Cuando salí de la habitación, la escena era surrealista: él, aún despeinado, cuchara en mano, murmurando canciones inventadas. Por un momento, la cocina parecía el centro del Universo.

—¿Alguna preferencia? —preguntó en cuanto me vio asomar—. Hoy puedo ser chef, psicólogo o lavador tazas.

—Con café fuerte y pan tostado serías mi héroe —contesté, notando que, entre broma y broma, la vida volvía.

El desayuno fue un pequeño triunfo cotidiano. Nos sentamos frente a frente, improvisando un picnic entre risas y noticias poco trascendentes. No hablamos del mensaje extraño hasta que, con la tranquilidad del sol filtrándose entre los visillos, Javier abordó el asunto:

—Te aviso: la policía está sobre ello. Han bloqueado todos los accesos y rastrean el origen. Si tu ex ha intentado ir más allá, no va a salirse con la suya. Pero igual tendremos que seguir el protocolo y, si lo prefieres, puedo estar más tiempo aquí. O pedir a alguien de confianza que te acompañe cuando yo esté de turno.

Sentí que, poco a poco, el miedo en la garganta se hacía menor. No se trataba de ser fuerte siempre, sino de tener a quien pedirle ayuda.

—Gracias… de verdad —dije, bajando la mirada y sintiéndome, por fin, un poco menos invisible—. A veces da vergüenza admitirlo, pero hoy ya no quiero parecer invulnerable.

Javier me cubrió la mano con la suya, breve, pero suficiente para transmitirme fortaleza.

—No me hace falta que seas invulnerable. Ni perfecta. Solo tú, aquí, ahora.

El día siguió, simple y precioso. Hablamos de lugares que nos gustaría visitar, de las pelis favoritas de la infancia, del vecindario y sus rarezas. Hasta escuchamos voces en la escalera, algunas demasiado curiosas y otras de vecinos discutiendo.

Javier, cada vez más integrado a la cotidianidad de mi casa, terminaba de marcar territorio: arregló el grifo que goteaba, cazó un calcetín fugitivo que llevaba días escondido bajo el sofá, e improvisó una sesión de yoga de risa que terminó con ambos tumbados en el suelo, agotados por la tontería y el alivio.

Por la tarde, llamaron desde central: la investigación avanzaba. Mi ex volvía a ser una sombra en movimiento, pero esta vez la

sensación era diferente. No me sentí presa; me sentí preparada.

Javier me miró con la complicidad de quien ya elige equipo para el partido más importante.

—Hoy fue un buen día, campeona. Mañana empieza el siguiente asalto, pero esta vez, con refuerzos y croissants.

—Me apunto a la guerra, y al postre —respondí.



CAPÍTULO 7

De nuevo había dormido más profundamente de lo que recordaba desde que llegué a esta ciudad, y aunque la sombra de la amenaza seguía ahí, flotando en los márgenes, la presencia de Javier en mi territorio doméstico transformaba el miedo en algo distinto, o al menos parecía que tenía los contornos menos afilados.

Aferrada a mi mugrienta taza de café favorita, observaba cómo Javier volvía a su personaje de "poli apañado y perfecto anfitrión". Su manera de moverse por mi piso saltaba entre la torpeza y el encanto: recogía migas del sofá, peleaba con el tostador como si fuera una bomba por desactivar, y lanzaba frases cortas con una dignidad absurda.

—¿Esta cafetera siempre hace ruidos de nave espacial? —preguntó, levantando la tapa y estudiando el mecanismo como si

fuera el enemigo.

—Depende —contesté—. A veces despega, otras veces explota... Nunca lo sabrás hasta que ocurra.

La mañana avanzó sin sobresaltos. Javier consultaba el móvil de vez en cuando, intercambiando mensajes con la comisaría y los compañeros de cibercrimen. Me informaba de la última hora, con ese lenguaje suyo que se traducía en "no hay nada que temer".

Nos dimos permiso para la normalidad. Hicimos una lista de la compra, discutimos sobre cuál es el mejor tipo de pan (él defendía a muerte el de semillas, yo el clásico), y planeamos una tarde de películas ridículas.

Por un rato, yo era la mujer que siempre quise volver a ser: capaz de carcajear sonoramente, de pelearse por la última rebanada de bizcocho, de quejarme del tiempo y de quedarme en pijama al mediodía, sin sentirme avergonzada. Me había prometido a mí misma que no volvería a perder jamás mi libertad.

A media mañana, Javier recibió una llamada. La voz del otro lado —su compañera Lola, la de "sexto sentido para rastros virtuales"— le puso serio. Se levantó, salió al balcón y escuché retazos de frases entrecortadas: "Sí, sí, entiendo… ¿confirmado?... ¿Hay registro desde Burgos?... No, no se entra en pánico… Vale, mantenme informado."

Volvió con la mandíbula apretada, pero cuando me vio, desenfundó la sonrisa y la postura relajada.

—Noticias frescas —dijo, agitando el móvil como si fuera un boletín vecinal—. Aparentemente, tu ex ha intentado mover ficha desde otro número. Tienen una alerta en Burgos, han bloqueado todos los accesos y mañana viene alguien de la brigada para repasar contigo algunas cosas, cuanto más sepan de él, más fácil será atraparlo.

Noté el escalofrío en la nuca y Javier se acercó, apoyó el café en

la mesa y bajó la voz.

—No vas a estar sola en ningún momento, ¿de acuerdo? —aseguró—. El pánico ya no manda. Mañana, refuerzos y proceso activo.

—Gracias —musité, sosteniéndome en que no dejaríamos que el miedo cruzase la puerta sin permiso.

Para distraer la mente, decidimos ir de compras. Bajamos al supermercado del barrio, donde el aire olía a espinacas frescas y Javier se mostró hábil esquivando carros, hizo amigos en menos de diez minutos y casi termina comprando ocho tipos diferentes de pan solo para probar su teoría.

Pasear por pasillos ajenos al drama era oxígeno puro. Cada gesto simple —saludar, probar fruta, reírse por el precio del queso— era un respiro.

De vuelta en casa, improvisamos una maratón de películas malas. Javier sacó una manta y compartimos palomitas. A ratos, nuestros pies se rozaban y las miradas se cruzaban con esa naturalidad que sólo los buenos amigos tienen permiso de regalar.

Cuando el sol comenzó a declinar, Javier propuso una tregua ante la situación.

—¿Te apuntas a una escapada improvisada al parque antes de que vengan los refuerzos? —preguntó, con esa cara de niño travieso.

No tuve que pensarlo dos veces. Salimos juntos, disfrutando del aire fresco que sacudía todo nuestro ser.

Nos sentamos lejos del bullicio y Javier se empeñó en encontrar el rincón con mejor vista para disfrutar del atardecer, como si fuera una ceremonia privada. Eran esos minutos entre el día y la noche, los que más nos gustaban.

—¿Sabes lo bueno de las tardes así? —dijo Javier, mirando el horizonte con calma—. Le dan a uno la oportunidad de dejar que el

día y la mente se acomoden.

—¿Eso lo dices por optimismo o con sarcasmo? —pregunté, encogiéndome entre la chaqueta y el aire fresco.

—Es saber vivir con lo que hay —confesó.

Quizá fue el entorno, o la suma de cansancios, o la necesidad de dejar de fingir fortaleza. Lo cierto es que me atreví a abrir la grieta.

—A veces pienso que nunca dejaré de estar alerta —confesé, con la voz firme.

Javier no contestó enseguida. Removió la tierra con la punta del zapato, midió el peso del silencio, y sólo entonces volvió al ataque.

—Te prometo que algún día podrás hacerlo. Yo mismo me encargaré de ello.

Cerré los ojos, dejando que el aire nuevo me vaciara por dentro. Hasta ese preciso momento, no sabía cuánto había necesitado escuchar esas palabras.

La ciudad se poblaba de luces. Caminamos por la senda más larga, jugando a adivinar las historias de los paseantes. Nos inventamos los apodos de los perros, la historia secreta del jubilado de la boina, y el romance imposible entre la cajera del súper y el repartidor de magdalenas.

Fuimos tan sinceros como amigos, tan divertidos como cómplices. Compartí alguna historia pequeña sobre mi madre y sus recetas, él sumó las batallas culinarias que perdió con su abuela. Entre risas y confidencias, sin darnos cuenta, nos estábamos saltando algunas reglas.

El móvil de Javier sonó varias veces, pero él elegía callarlo por un rato, regalando ese gesto tierno de quien decide que, para cuidar a alguien, no basta con saber de armas y leyes.

La noche llegó y, Javier, entre risas, se atrevió a prometerme otra clase de yoga y una degustación de panes raros en cuanto esto

pasara.

—¿Y si lo próximo que nos ocurre ya no tiene nada que ver con todo esto? —preguntó sincero y algo vulnerable.

—Entonces, la historia será nuestra —contesté y sonrió.

Regresamos lentamente y sin prisa a la casa. Antes de despedirse, Javier dejó una nota escrita con letra torcida: "Gracias por dejarme invadir tu casa, y tu vida. Mañana, más risas."

Me quedé mirando la hoja, sabiendo que este capítulo era solo el principio. La historia seguía, y algo estaba creciendo en mi interior.



CAPÍTULO 8

El día amaneció lluvioso y Javier llegó temprano, casi camuflado bajo un chubasquero ridículo —azul, con dibujos de donuts rosas que juró era el único que quedaba en la tienda. Lo vi entrar desde la ventana y supe instintivamente que algo estaba protegiendo.

No preguntó si podía pasar. Solo sacudió los zapatos en el felpudo, saludó con una sonrisa mojada y dejó un envoltorio sobre la mesa: croissants, de los buenos.

—Hoy, los refuerzos llegan en modo desayuno oficial. Y antes de nada, permiso para invadir la cocina, que los donuts son ofensivos hasta para mi sentido del ridículo —dijo, deshaciéndose del chubasquero y colgándolo con una destreza exagerada.

Le seguí el juego, repartiendo platos y servilletas. Me senté al otro lado de la mesa y, por un segundo infinito, nadie dijo nada.

—¿Sabes qué pensé mientras me ponía esta obra de arte impermeable? —empezó, con ese tono de chiste que siempre utiliza para romper el hielo—. Que si la moda depende de salvar o no el universo, yo ya estoy listo para la batalla final. Aunque dudo que nadie sobreviva al visionado de este estampado.

Reí más por gratitud que por culpa de la broma. Era su manera de enmendar el silencio, de preservar la distancia justa entre nosotros, aunque en sus ojos bailara la duda.

La conversación derivó hacia el plan del día: ronda con la brigada, llamada al juez, algún que otro trámite pendiente… y, por la tarde, prometió enseñarme a cocinar una tortilla "como Dios *no* manda".

En los momentos en que la charla se quedaba a medias, parecía que una sombra se cernía entre nosotros. Él, entonces, redoblaba chistes. Se burlaba de la forma en que contaba las cucharadas de azúcar, del horroroso cuadro de flores que mi casera dejó colgado, del gato gordo del vecino..., pero a pesar de todo ese despliegue cómico, flotaba algo en el aire. Una timidez extraña, casi tierna, en la manera que tenía de evitar el contacto visual, de cambiar de tema rápido si la conversación se rozaba con la palabra "nosotros".

Quizá por eso, me animé a preguntar bajito, jugando con un borde del croissant:

—¿Siempre usas las bromas para saltarte lo serio?

Javier se quedó quieto, sorprendido por primera vez desde que lo conocía. Miró la taza de café y luego a mí, directamente, como si buscara permiso para decir lo que llevaba días guardando.

—No siempre —admitió, dejando la sonrisa a medio camino—. Pero a veces, lo serio se convierte en un terreno peligroso… especialmente cuando… bueno, cuando se han cruzado algunos límites.

Parecía más sincero que nunca.

—Quiero hacer las cosas bien contigo. Sé que no debería mezclar

las cosas, que hay normas, protocolos… y aún así —ahora sí, la mirada era honesta, vulnerable—, hay días en que olvido todo menos lo bien que estoy aquí. Contigo.

El silencio esta vez fue más cómodo. Ninguno quiso envalentonarse más allá. De fondo, la lluvia insistía en hacernos sentir a salvo entre cuatro paredes.

No hubo caricias ni confesiones mayúsculas. Solo el roce accidental de las manos recogiendo la mesa, la complicidad de las bromas mal contadas, el mundo diminuto de dos que huyen con cautela del vértigo de enamorarse.

Javier fue el primero en deshacer la tensión.

—Por protocolo, si esta tortilla me sale bien… ¿prometes aplaudir aunque sepa a zapatilla de colegio?

Entre risas y bromas la tarde apretó, extendiendo esa luz que parece no querer irse nunca del todo. Las gotas deslizándose por el cristal componían una melodía suave, perfecta para acompañar la pereza y el vértigo de quien todavía se pregunta si es posible volver a dejarse querer.

Había algo en el modo en que me miraba —esa fracción de segundo, esa duda— que me desarmaba y a la vez me hacía sentir fuerte. Él también batallaba contra el instinto: la tentación de acercarse más era frenada por su propio sentido del deber, por esa conciencia de que el deseo, aquí, va de la mano con la responsabilidad. Y entonces, cada vez que el momento se ponía demasiado intenso, Javier le lanzaba una broma suicida:

—¿Sabes que podríamos montar un negocio vendiendo tortillas-arma letal? Nos forramos, fijo que nos forramos…

O hacía como si consultara el reglamento invisible pegado a la pared, recitando en voz baja:

—Artículo 7824, Tengo que buscar chubasqueros nuevos…

Yo le seguía el juego, a salvo en esa cornisa tan peligrosa entre el querer y el deber. Contestaba con el mismo ingenio:

—Inciso uno: toda tortilla imperfecta debe ir acompañada de una disculpa y derecho a venganza.

La pasión estaba en el aire, pero ninguno la nombraba. Ni hacía falta.

—¿Crees que después de todo esto volveremos a ser los mismos? —me atreví a preguntar, en voz tan baja que casi fue un pensamiento.

Javier se quedó en silencio. Duró lo suficiente como para que pudiera escuchar la lluvia, su respiración y mi propio latido.

—Ojalá que no —contestó al final—. Ojalá seamos mejores. Tú más valiente, yo un poco menos torpe… Aunque ya aviso que vencer mi tendencia a tropezar va contra la naturaleza.

La risa brotó limpia. Nos quedamos así, uno al lado del otro, contándole nuestro miedo a la ventana y nuestro futuro a las paredes. No hubo roce furtivo de labios, tampoco hacía falta: el lenguaje era otro, más sincero y cuidadoso.

Cuando hubo que marcharse, Javier se detuvo en el umbral. Esta vez no fue un adiós torpe ni un chiste de último minuto. Sólo palabras bajito:

—A veces cuesta hacer lo que es correcto, pero… —me buscó los ojos—. Aquí estoy, intentando ser lo mejor para ti, aunque me equivoque en el camino. Si me necesitas antes de que suene cualquier alarma, aquí tienes a tu poli de guardia… o tu payaso de turno, según el día.

Cerré la puerta despacio, quedando del otro lado con la sensación cálida de que esa historia, la nuestra, iba a crecer sin imponer ritmos.



CAPÍTULO 9

A mitad de semana la rutina empezó a tomar ese ritmo suave y algo engañoso de los días "normales". Javier encadenaba turnos largos y, cuando podía, venía a casa con alguna excusa absurda: que si le había sobrado pan del turno, que si en la frutería se le habían caído diez manzanas y una terminó rodando hasta mi portal, que si el café del bar ya no tenía gracia y necesitaba uno casero en taza fea…

Por las tardes, a veces nos quedábamos leyendo en el mismo sofá. Los dos sabíamos que no éramos pareja, pero cada gesto —el que uno se tapara los pies con la manta del otro, el que Javier me enseñase todo lo que guardaba en su teléfono— era más íntimo que cualquier declaración.

La confianza avanzaba a saltos pequeños y aprendí a disfrutar de

su manera de cuidarme. Javier era generoso y siempre estaba dispuesto a pedir disculpas por cosas que ni siquiera eran culpa suya: que si se le olvidaban las servilletas, que el café se enfriaba demasiado rápido, que el sol se escondía antes de tiempo, que el banco del parque estaba duro, que una paloma nos miraba raro…, o incluso porque las estrellas aún no habían salido para acompañarnos.

Un jueves por la mañana, la amenaza asomó la cabeza. Al revisar el móvil encontré una notificación de la comisaría: "Intento fallido de acceso a tus datos personales. La unidad de delitos tecnológicos ya lo está gestionando".

La sangre me heló un segundo, pero lo primero que hice fue mirar a Javier, que hojeaba un periódico en la mesa como si leyera de verdad. Me acerqué y le di el móvil, sin palabras.

Él sólo necesitó un vistazo. Cerró el diario, sujetó mi mano y hundió la preocupación bajo una broma:

—Oye, ¿qué pasa con los ciberdelincuentes? ¿No podían hackear recetas de bizcochos y hacernos la vida más dulce?

El miedo se filtró, pero no se atrincheró. Javier hizo tres llamadas y enseguida supo transmitirme calma.

—Hoy no sales sola. Si tienes que ir donde sea, me esperas o llamamos a alguien de la patrulla. Y si no te apetece nada, me quedo aquí inventando otra tortilla ofensiva —dictaminó, señalando la cocina y la sonrisa de "esto lo peleamos juntos".

Pasamos la mañana en labores absurdas: reorganizar cajones, recordar contraseñas, escuchar canciones obsoletas. Toda la acción exterior cedió su sitio a la interior.

Cuando el móvil volvió a sonar, fue el compañero de Javier confirmando que el riesgo había pasado y que la alerta solo había sido un intento torpe.

—Todo en orden. El enemigo no ha pasado del "hola" —me

aseguró, y pude ver en su postura una mezcla de alivio y cansancio.

Decidimos darnos un respiro y salir a comprar algo dulce. A la vuelta llovía despacio, el tipo de lluvia que no asusta, pero cala. Caminar juntos bajo el paraguas pequeño —casi hombro con hombro, como dos niños que compiten por mojarse menos— fue más romántico que cualquier cita planeada. Había miradas, carcajadas inesperadas y esa electricidad tranquila de quienes no se apresuran porque han aceptado que, si llega el amor, lo hará a su ritmo.

En casa, mientras la tarde caía y el barrio encendía las farolas, Javier preparó café y puso un disco antiguo, de los que crujen. Bailamos torpemente, cada uno respetando la zona de confort del otro, rozando apenas los brazos, dejándonos llevar por el baile.

Al terminar la canción, ni uno ni otro quiso romper el hechizo. Javier se quedó callado, miró el suelo, la taza, el reloj de la cocina y luego, por fin, a mí.

—Esto… —dudó—, a veces siento que, si digo lo que pienso, la lío. Así que por ahora solo puedo prometerte que no voy a desaparecer.

Le acaricié brevemente el brazo. No hacía falta nada más.

El resto de la noche fue nuestra: chocolate caliente, risas bajas, y el milagro de un sofá que, por primera vez en mucho tiempo, parecía hecho para dos.

Cuando Javier se fue, ya tarde, cruzó el umbral sin aspavientos. Cerré la puerta respirando hondo. Sentí que había cruzado otra frontera: ya no tenía miedo de dejar que el tiempo, Javier y yo hiciésemos juntos este largo camino.

Esa noche, después de otro café y la despedida suave de Javier, el piso recuperó su silencio habitual. Me sentí fuerte, casi invulnerable durante unos minutos y me tumbé en el sofá, lista para dejar pasar la noche entre lecturas y pensamientos. El móvil vibró

con un mensaje anónimo. La pantalla, tan familiar, me devolvió de pronto todos mis miedos:

"Te crees a salvo, pero no he terminado. Nos veremos pronto, perra."

La sangre se me detuvo en las venas y el pasado volvía sobre sí mismo. Por un segundo sentí que todo el avance de la semana se desmoronaba; revolví la manta y, casi temblando, marqué el número de Javier.

—¿Dime? —respondió él con la voz ronca, pero alerta.

Me limité a leerle el mensaje y el silencio llegó de inmediato.

—No abras la puerta a nadie —ordenó—. Voy para allá.

Los diez minutos que tardó en llegar parecieron una eternidad. No encendí ninguna luz. Sólo observé, rígida, los destellos de los coches en la calle y el lento latir del reloj de pared.

Javier entró con el rostro tenso, la profesionalidad por delante y una dulzura feroz en el gesto.

—Déjame ver el mensaje —pidió, ya sacando su móvil para remitirlo a los compañeros de delitos informáticos—. No pasa nada, ¿de acuerdo? Estás haciendo todo bien. No dejaremos que ese cabrón te asuste otra vez.

El miedo era distinto esta vez; no nacía de la sorpresa ni la soledad, sino de la rabia de haber dado pasos adelante solo para que una sombra quisiera empujarme otra vez a la oscuridad.

Javier se sentó a mi lado.

—Esto cambia el plan. Mañana hablaremos con el juez, reforzamos las medidas y vamos a pedir que alguien más haga patrulla aquí estos días. Pero esta noche no te muevo ni para ir al buzón.

Esta vez, Javier no intentó bromear. Su forma de cuidar no era

solo profesional, había una rabia contenida.

No dormí, pero no fue por el miedo. Fue porque Javier no paraba quieto ni un solo momento: en la cocina revisando papeles, tomando notas, mirándome de cuando en cuando, como queriendo asegurarse de que no iba a desaparecer ni por un segundo.

El amanecer llegó y, el cielo, gris y sin ganas de prometer nada, entraba a jirones por la ventana. No había dormido ni un minuto entero, pero tampoco sentía el mismo pánico ciego de otras veces. La diferencia era Javier y su presencia llenando todos los rincones.

A media mañana llegaron dos agentes de paisano para hacer una ronda y repasar las nuevas medidas de protección. Javier, serio, pero cercano, les explicó todo sin dejar de lanzarme de vez en cuando una media sonrisa, como si así pudiera devolverme toda la fuerza que ese mensaje me había restado.

Uno de los policías, joven y demasiado optimista, repasó conmigo las instrucciones para casos de emergencia:

—Nada de contestar mensajes, ni abrir la puerta a nadie aunque digan venir de alguna compañía. Todo pasa por Javier o por nosotros —recitó, entregándome su número y repitiendo que llamara "aunque solo fuera por aburrimiento".

Por la tarde, vinieron de la comisaría para reforzar la cerradura. Aproveché el bullicio policial para llamar a mi madre y asegurarle, entre verdades a medias, que todo estaba bajo control. Ella lloró al colgar, pero también me pidió que no hiciera ninguna locura de las mías: "tú lo aguantas todo, hija, pero déjate ayudar esta vez".

Javier regresó esa noche con una bolsa de la tienda de la esquina —galletas, embutido, pasta de dientes— y su viejo chubasquero, listo para dormir en el sofá. Nada dicho, todo entendido.

—Hoy no te libras de la peor película de terror de la televisión local —anunció—. Ya sabes, soy muy mal guardaespaldas cuando me aburro.

Vimos media película. La luz tenue del salón, las tazas medio vacías, el edredón entre los dos, aplazaron el peligro al menos un par de horas.

Antes de que el sueño nos venciera, me atreví a pedirle, sin ironía y casi en susurro:

—Quédate esta noche.

Él asintió. No necesitaba que lo convenciera.

En la penumbra, mientras el barrio se volvía a dormir, escuché el rumor tranquilo de su respiración desde el sofá y para mí era suficiente. Mañana volvería a ser un día largo. Pero por ahora, mientras Javier velaba el sueño al otro lado del pasillo, podía dormir tranquila.



CAPÍTULO 10

Javier dormía en el sofá, con las piernas colgando y el chubasquero azul por encima, casi tan desprotegido como yo misma unas horas antes. Me quedé un momento mirándolo, todavía sorprendida por la facilidad con la que ese hombre, se había vuelto parte del paisaje íntimo de mi vida.

Me deslicé hasta la cocina. El suelo frío me recordó que estaba despierta —que seguía viva— y esa consciencia era tan reconfortante como el café recién hecho. Puse la cafetera a funcionar, intentando no hacer ruido, aunque todos los electrodomésticos de esa casa trabajaban como si participaran en una comparsa.

La noche anterior, los agentes se habían mostrado diligentes y firmes, reforzando la cerradura principal y prometiendo un par de

patrullas discretas en la esquina todo el fin de semana. La amenaza era real y tangible.

Javier se despertó justo cuando el aroma del líquido negro inundó la casa. Se desperezó silencioso, ajustándose la camiseta, y tardo un minuto entero en reencontrar la voz.

—Tú sofá es un poco incómodo —dijo, acercándose a la encimera y dejándose caer a mi lado con confianza.

—Incómodas son las posturas que usas para dormir —le respondí, acercándole el café.

Las primeras palabras de la mañana nos salieron roncas, cargadas del cansancio de una vigilia que había sido más emocional que física. Entre nosotros, sin embargo, seguía creciendo algo, silencioso, pero firme.

Comimos sin prisa mientras yo revisaba las notificaciones en el móvil con la esperanza de no encontrar nada. Javier, atento, me observaba a la vez que me pasaba la mantequilla.

Por fin, cuando los dos terminamos la tercera taza, Javier propuso pasar la mañana limpiando la casa, poner en orden el caos de papeles policiales y ordenar el armario cuya puerta siempre se quedaba entreabierta. Fue su manera de devolverme la normalidad y yo, comenzaba a odiar que le gustase tanto limpiar.

A medio terminar de colocar el armario, apareció la caja de fotos antiguas. Javier se detuvo en seco cuando saqué una imagen gastada de mi infancia —yo, golpeando a mi primo con un palo—, y soltó la carcajada más natural de la mañana.

—Ya apuntabas maneras, eh… —bromeó, sosteniendo la foto con cuidado.

—Eso mismo le hare a mi ex si intenta hacernos daño —le respondí, robándole una risa.

Nos quedamos un rato repasando fotos y recuerdos. Yo,

confesando la historia detrás de cada imagen y él, escuchándolas todas con atención.

Al mediodía llegó un mensaje de la comisaría: querían que fuera a identificar algunos movimientos bancarios detectados a mi nombre. Javier se puso en modo policía al instante. Su voz, aunque dulce, recuperaba ese timbre seguro que me anclaba a tierra.

—Voy contigo —dijo, dejando claro que su sitio era ese.

La comisaría nos recibió con el ruido habitual: teléfonos, teclear de fondo, el aroma mecánico de café recalentado... Lola, la compañera de delitos telemáticos, aguardaba entre una impresora díscola y decenas de archivadores apilados.

—Han intentado mover pequeñas cantidades desde cuentas con tu nombre, pero el banco lo bloqueó todo. Alguien quiere caldear el ambiente, pero no ha podido avanzar —informó, pasando un listado de transacciones—. ¿Reconoces alguno de estos ingresos?

Negué despacio, desconfiando hasta de mis propias rutinas y Javier me lanzó una mirada de ánimo.

El trámite duró menos de media hora. A la salida, Javier me llevó directo a la panadería.

—Los sustos se curan con hidratos —sentenció, señalando los bollos glaseados—. ¿Croissant o palmera?

—Los dos —respondí y me los compró.

Al caer la noche, Javier —tras comprobar por enésima vez que las ventanas estaban cerradas y que el móvil tenía batería— se dejó caer a mi lado en el sofá.

Sin decir nada, apoyó su cabeza en mi hombro y el sueño no tardó en vencernos. Como si hubiéramos pactado rendirnos al mismo tiempo. La respiración tranquila de Javier, se había convertido en mi sonido de fondo favorito.

***

El teléfono nos despertó a primera hora de la mañana. Era Lola.

—Tenemos algo —dijo—. Logramos rastrear el origen de los mensajes y en la zona hay cámaras de seguridad… Parece que el mismo sujeto merodeó tu calle la noche pasada. Hay imágenes claras, la patrulla le dio el alto, pero huyó dejando el coche mal aparcado. Está identificado, pero no localizado. Hay que activar el protocolo especial y supervisión completa durante unos días.

Sentí el vértigo. Javier colgó y, antes de que la ansiedad subiera varios pisos hasta mi garganta, se puso en modo escudo.

—Esta vez no tendrá margen. Van a cazarlo, ¿me oyes?

La urgencia tejió la jornada con hilos tensos. Vinieron agentes a tomar declaración, consultaron horarios, fijaron rutas alternativas. Javier organizaba, gestionaba, cuidaba. Entre papeleo y vigilancia, la ternura se abría sitio y, cada pocos minutos, acariciaba mi hombro, antes de soltar una de sus bromas para reírnos.

Sin embargo, por dentro, sentía el latido antiguo de la fragilidad. Era fácil fingir fortaleza ante extraños, pero difícil mantener la fachada, aunque esta vez no quise esconderlo. Por la tarde, mientras Javier recargaba su móvil, me acerqué y me senté a su lado, demasiado pegada para seguir con el juego que hasta ahora estábamos manteniendo con las distancias.

—Tengo miedo —admití, sin trampa, dejando caer la cabeza contra su pecho.

Sus brazos me envolvieron, como si fuese un refugio humano y dejó caer un beso en mi cabello.

—Lo sé, pero no logrará lo que busca. No lo permitiré.

La ciudad siguió girando, indiferente al drama que estábamos viviendo.

Esa noche, dejé la puerta del dormitorio abierta para escuchar

desde mi habitación, cómo Javier dormía a escasos metros de mi cama.



CAPÍTULO 11

No se habla suficiente de los besos que no se dan. De ese suspense delicioso que se queda flotando en el aire, con las manos temblando un poquito y el corazón distraído, empeñado en dar vueltas al asunto como un perro alrededor de su cama antes de dormirse. Llevo toda la semana sospechando que hay algo que se enciende cada vez que Javier y yo compartimos el mismo metro cuadrado: las miradas se alargan más de lo educado, los roces de manos se repiten con excusas tontas y hasta la nevera parece susurrarnos "a ver si os atrevéis de una vez".

Esa tarde, la cosa se puso especialmente crujiente. El día había dejado una luz blandita que amarilleaba los edificios y permitía, por fin, abrir las ventanas otra vez. Aproveché para ventilar—la casa y la cabeza—y Javier, que acababa de llegar, desenvolvió una bolsa de magdalenas como quien se quita los calzoncillos.

—Hoy no hay croissants —anunció, casi solemne—. Pero me han dicho que el truco está en mojar las magdalenas en el café hasta que desaparezca la leche.

Le miré desde la otra punta de la cocina, acodada en la encimera, y fingí no recordar que anoche soñé que me besaba. Que me besaba como si se le fuera la vida en ello.

—¿Te han dado también el truco para que no se deshagan antes de tiempo? —bromeé, cogiendo una.

—Para eso, —dijo él, dirigiéndose a la cafetera—, solo hay dos opciones: o las comes rápido o las compartes.

La palabra "compartir" quedó flotando entre nosotros, pegajosa, como si le costara aterrizar porque ninguno la había pronunciado con todas sus letras. De alguna manera, la cocina pareció encogerse, o quizá fuimos nosotros los que crecimos unos centímetros hacia dentro.

Nos sentamos alrededor de la mesa y Javier rompió el silencio justo cuando yo estaba a punto de hablar.

—Hoy me han preguntado en comisaría si ya habías probado mis recetas —contó, sonriendo de medio lado.

—Sí, ¡y son horribles! —Me reí bajito, con un poco de vergüenza y otro poco de nerviosismo. Sus bromas, a veces, se cuelan por la costura de mi defensa justo cuando empiezo a creerme el disfraz de mujer entera.

—Es verdad que no se comparan con las tuyas, ¡pero no deberías hablar así de ellas! ¡Un respeto!

Reí más alto esta vez.

—Mi abuela decía que para cocinar bien hay que estar un poco enamorada —me oí decir, y me arrepentí de inmediato de haber pronunciado esa palabra, como quien pronuncia una nota desafinada en mitad del concierto.

Javier se quedó callado dos segundos exactos, los suficientes para hacerse el despistado con mucho arte.

—Entonces no me extraña que la tortilla te saliera tan mal la otra noche —soltó, levantando la ceja, y yo le tiré una servilleta muerta de la risa.

—¡Pero si fuiste tú quien la hizo! —protesté.

Celebramos haber logrado cambiar de tema y empezamos a recoger la mesa. Y en la cocina, con los vasos haciendo equilibrios en el fregadero, todo pareció fácil durante un minuto. Entre bromas, la proximidad empezó a funcionar como un imán. Al agacharme para coger una caja, topé con su pierna. Los dos nos reímos, pero ninguno se apartó. Sentados en el suelo, compartimos una mirada que parecía querer enredarse en la del otro. Podía sentir su respiración cerca, cada vez que alzaba la cabeza descubría que él también quería decir algo que ninguno se atrevía.

Casi al caer la noche, mientras colocábamos la funda del sofá, tropezamos, literalmente, al levantar a la vez. El desastre fue mínimo: un cojín rodó hasta el pasillo, pero el mundo se detuvo, justo ahí, antes de que él pudiera esquivar mi mano y yo soltara una broma. Nos quedamos mirándonos, muy cerca, como si pudiésemos contar los latidos del otro. Fue un "casi" beso. Un roce de aliento, una promesa de algo que estaba a punto de nacer.

Javier fue el primero en reír.

—Entre unas cosas y otras, vamos a tener que poner normas aquí.

—¿Y cuál sería la primera? —pregunté, todavía sin moverme.

—Si uno no quiere, el otro no besa —dijo, y en sus ojos vi todo el miedo y las ganas juntas.

Le respondí con una media sonrisa.

—Y si los dos quieren…

No terminé la frase. No quise. Porque a veces lo bonito es quedarse en el borde y saber que la caída será épica cuando llegue. Nos quedamos sentados en el suelo, respirando juntos, tramando el principio de algo, y la noche empezó a llenar la casa con una calma extraña, pero dulce.

Esa noche, el universo entero conspiró para que el beso aún no llegara, pero sí la promesa de un mundo donde fuera posible. Después de cenar, nos sentamos en el sofá con dos tazas de té, la excusa perfecta para esperar a que la casa se llenara de silencio.

La tele estaba encendida de fondo, pero ni Javier ni yo prestábamos atención real a la película. Había una tensión flotando en el aire, esa electricidad dichosa que se siente en los segundos antes de una tormenta, o cuando el frío ya no es suficiente excusa para acercarse. De repente, cualquier tema cotidiano servía como pretexto para mirar de reojo, rozar su brazo, intentar comprender si el otro también estaba atrapado en esa frontera dulce del "casi".

—¿Te ha pasado alguna vez? —pregunté de pronto, con el descaro de quien lleva horas evitando el fondo del asunto—, eso de saber que estás a punto de cruzar una línea y no tener claro si quieres saltar o quedarte justo en el borde.

Javier dejó la taza en la mesa y se quedó pensativo un instante.

—Más veces de las que he contado —dijo al fin—. Pero es la primera que el salto asusta menos que quedarse.

Había algo definitivo en sus palabras, como si el aire en la sala se densara más.

El susto, sin embargo, no lo puso el amor, sino el deber. El teléfono sonó, cortando de raíz ese envite invisible. Javier se puso en pie de un brinco. Contestó en voz baja y la tensión de su espalda me lo contó todo antes de que hablara.

—Hay movimientos raros cerca de tu portal —dijo, intentando sonar tranquilo—. Una patrulla va a pasar cada hora. Nada grave…

sólo rutina.

Pero era mentira. Distinguí la alerta en sus ojos y, el miedo, viejo conocido, regresó, pero esta vez ya no nos cogía separados. Su mano tomó la mía, apretando apenas y eso me tranquilizó.

La película terminó y la noche entró con fuerza. Parecía que hasta las paredes escuchaban nuestras ganas y el deseo contenido entre los dos.

Antes de irse, cuando ya recogía la chaqueta, Javier titubeó en la puerta.

—Cada vez es más difícil —dijo, casi en susurro—. No sé cuándo, ni cómo, pero quiero que estemos seguros los dos.

Yo asentí. Le devolví la sonrisa y toda la ternura que se puede dar en una despedida sin beso.



CAPÍTULO 12

La tarde prometía poco y cumplió mucho. La ciudad, ajena a todo, vibraba normal: hornos encendidos en la panadería, ropa sacudida en los tendederos del patio, los chavales del tercero peleando... Javier propuso quedarse en casa. No era la primera vez: últimamente el mundo era esa casa pequeña, nuestra madriguera, nuestro escenario y nuestro secreto.

Cocinamos juntos, por decirlo de alguna manera. Yo removía una salsa, mientras él, haciéndose el importante, interpretaba las instrucciones del móvil y confundía perejil con orégano. Hubo harina en el suelo, una cebolla voladora y mi carcajada desbordada cuando intentó rapear una receta.

Creo que ahí fue cuando me di cuenta de cuánto le quería: por la manera en la que, aun con todas sus murallas, Javier se permitía

fallar conmigo y reírse de sí mismo sin miedo. Y también por cómo sus manos, que tantas veces fueron firmes y profesionales, se volvían temblorosas cuando me rozaban la espalda al buscar la sal en el estante de arriba.

Después de la cena improvisada, lavamos los platos a medias. Yo le veía el perfil al trasluz de la lámpara y me preguntaba por cuánto tiempo más podríamos contener el deseo.

Fue al guardar los cacharros cuando sucedió. Habíamos dejado la cocina casi decente y de pronto, sin maniobras épicas, tropecé con su pie y casi me estampé contra su pecho. No, no fue cinematográfico, pero tampoco lo quise cambiar.

Él me sostuvo con esos brazos grandes, sin esfuerzo, pero con una ternura que dolía. A centímetros, nos quedamos mirando y creo que ahí nos abrazaron todas las tardes anteriores: las de miedo, las de broma, las de promesas de protección.

No hace falta teoría para entender cuándo el momento llega. Javier rozó mi mejilla con la yema de los dedos, buscó mi boca con los ojos antes que con los labios, y yo, por primera vez, no quise huir ni esconderme—solo esperar ese terremoto pequeño.

Su beso fue un principio. Nada más. Un contacto tímido, cálido, como si pidiera permiso entre un millón de silencios y, al encontrarlo, ya no hiciese falta volver a hablar. Sentí que me temblaban hasta los recuerdos y, durante un instante, me importó un carajo todo lo demás: la amenaza, el ex que acechaba, los vecinos indiscretos…

Nos separamos apenas, lo justo para vernos de verdad. Javier tenía los ojos brillantes, la respiración alterada, la sonrisa boba de quien por fin consiguió lo que quería. Yo quería llorar de risa o de miedo, no sabría decir: así de fuerte fue ese primer sí.

—¿Segura? —susurró, todavía sosteniéndome la cara.

—No lo he estado nunca, pero contigo quiero intentarlo —respondí, porque me salía de verdad.

Nos sentamos en el sofá, hombro contra hombro, como si acabar de saltar ese "casi" nos diera derecho a inventar un idioma nuevo. El mundo fuera siguió a lo suyo. La luz cayó, los ruidos huyeron, y solo quedamos nosotros dos, recuperando aire, sonriendo en intervalos, agradeciendo cada centímetro de espacio compartido.

Creo que el amor, cuando es valiente, empieza así: como un susto lento.

Nunca nadie me contó que, después del primer beso, la piel se queda tonta un buen rato. Era como si los sentidos hubieran decidido rebelarse: cualquier roce se volvía eléctrica confirmación de que lo que acababa de pasar no era una invención del insomnio, ni uno más de esos sueños que a veces vuelven en forma de recuerdo mientras suenan los informativos.
Nos sentamos en el sofá, pero aquello de mirar juntos la tele quedó relegado: no sé si era el corazón o la cabeza lo que no dejaba de saltar.

Javier estaba a mi lado, tan pegado y tan prudente, con ese aire torpe de hombre grande que teme romper el momento. Me atreví a mirarlo, a buscarle sin escondernos esta vez.

—¿Y ahora qué? —pregunté bajito, más para no asustarlo que por temor real.

Él sonrió —ese tipo de sonrisa breve y tímida que se lleva a los cumpleaños y a las citas en el médico—, y se puso todavía más cerca, casi sobre mi hombro.

—Ahora lo normal sería que surgiera la duda, ¿no? O que alguno de los dos metiera la pata a lo grande —respondió, medio en broma medio en serio.

Pero ni él ni yo teníamos ya fuerzas de escondernos. Tal vez por la suma de todo lo callado, tal vez porque el cuerpo aprende lo que la cabeza tarda en reconocer. Sea como sea, nuestros labios se buscaron otra vez, más francos y menos prudentes, y el miedo cedió sitio al deseo.

Fue lento al inicio. Las manos paraban donde el respeto les decía, luego volvía la temeridad a marcar la ruta. Yo le descubrí el olor, la textura primera, la forma en que su piel se conmovía cuando recorría mi espalda. Le oí decir mi nombre en "voz baja", esa voz tan desarmada que uno no se atreve a usar si no sabe que va a ser bienvenido.

La ropa cayó como caen los problemas en las tardes de risas, y la vergüenza, por raro que parezca, nunca asomó. Hicimos el amor así: entre juegos, suspiros torpes y un silencio que, lejos de asustar, arropaba. Se notaba la inexperiencia del otro y la mía, no en la torpeza de los gestos sino en esa manera de preguntar con la mirada, de confirmar que todo era sí, que no pasaba nada si temblábamos los dos.

Hubo risas también, de las sinceras, justo en los momentos menos cinematográficos: una sábana rebelde, un botón que no cedía, un calcetín que decidió quedarse en medio. Y hubo silencio, de ese bueno, que sólo ocurre cuando la confianza empieza a haberle ganado por goleada al miedo.

Después, nos quedamos pegados, piel con piel, con el pulso bajando y las palabras desperezándose. Javier acariciaba mi pelo, yo dibujaba líneas con el dedo en su brazo.

—Esto sí es peligroso —bromeó, justo cuando el cansancio amenazaba—. Engancha más que los croissants.

Yo reí, y no pude evitar el temblor en la voz:

—No me sueltes —pedí, muy en serio—. Al menos no hasta que vuelva a salir el sol.

Me besó la frente y se quedó ahí, como si el hecho simple de dormir a mi lado fuera lo que más deseaba.

No recuerdo en qué momento me venció el sueño, pero sí que después de muchísimo tiempo, soñé bonito.

Un "nosotros" se instalaba entre las mantas, y yo, por fin, supe

que ninguna noche sería igual después de esa.



CAPÍTULO 13

Desperté lentamente y el cuarto aún estaba envuelto en la penumbra suave de la primera luz. Por un instante no supe dónde estaba. Entonces giré la cabeza, y ahí estaba él. Tan cerca, tan real.

Lo vi dormir con la respiración calmada, los rasgos relajados y esa vulnerabilidad que nunca había tenido oportunidad de descubrir hasta esa noche. El corazón me dio un vuelco. Era la primera vez que despertaba con él a mi lado, después de habernos rendido al sueño juntos, como si ambos hubiéramos cruzado una puerta secreta y al otro lado nos perteneciésemos.

Sentí que comenzaba a moverse a mi lado, un despertar suave que aún no quería romper la calma que nos envolvía. Cerré los ojos un poco más, disfrutando de la tibieza de su presencia, cuando de repente sus labios buscaron los míos con un beso tierno y lleno de

suavidad.

Abrí los ojos y lo vi, aún medio dormido, mirándome con esa mezcla de amor y calma que me hizo sonreír sin poder evitarlo. Sin una palabra, se levantó despacio, dejando en la cama calentita y escuché sus pasos alejarse mientras se dirigía a la cocina, y poco después, el atronador sonido de la cafetera comenzó a llenar el espacio, junto con ese aroma que siempre me ha encantado.

Me quedé ahí, envuelta en la satisfacción de saber que esta había sido nuestra primera vez, hasta que me llamó para desayudar.

Nos arreglamos para salir, sintiendo la necesidad urgente de tomar un poco de aire. Dimos un par de vueltas por el barrio, charlando con esa facilidad que casi parece normal después de tanto caos. Pero con cada paso, el silencio aumentaba la tensión.
Sabíamos que Lorenzo podía aparecer en cualquier momento, pero siempre está esa esperanza tonta de que, quizás, se haya cansado o que la policía haya hecho su trabajo. Mentira. Porque la verdad siempre tiene hambre de volver a morder.

Volvíamos por la calle de la panadería, ese tramo de aceras polvorientas y árboles con hojas caídas, cuando lo vi: una sombra que se fundía mal con la calle y mi estómago se encogió. El corazón me empezó a cabalgar una madriguera en el pecho. Era él: Lorenzo, el ex de mi pasado, ese pedazo de tormenta que con un solo movimiento podía hacer saltar todo por los aires.

Javier lo vio al mismo tiempo. No dijo nada. Su cuerpo se tensó y hubo un instante extraño en el que el sonido y la luz desaparecieron, como en una peli de detectives. Lorenzo se acercaba con la rabia marcada en la cara y un odio raro de ver.

De pronto, el mundo se volvió un desastre de sensaciones: gritos ahogados, un vecino que salió a ver qué pasaba, el eco de pasos que se acercaban, y mi propio aliento que parecía imposible de sostener.

Javier fue más rápido que la tormenta. Se interpuso entre

Lorenzo y yo con fuerza y sin dudar. Su voz, firme y asfixiante, fue la señal que cambió el juego.

—No la vas a tocar —dijo, temblando un poco, pero con demasiada autoridad.

Lorenzo frenó un paso, pero no bajó la guardia. Se notaba que estaba dispuesto a todo. Algo en sus ojos prometía que no iba a bajar los brazos.

El momento se volvió un tira y afloja de tensiones. Javier tomó una decisión rápida, como quien sabe que no puede perder ni un segundo: me arrastró hacia atrás y, sin perder ni un instante, sujetó a Lorenzo con una fuerza inesperada. Se rozaron, chocaron, y todo a peligro.

Gritaron, forcejearon, y mi cabeza trataba de respirar con algo más que miedo. En la distancia, se oían sirenas, llamadas a la policía. Javier no soltaba a Lorenzo ni un segundo, como si en ese cuerpo que sostenía estuviera nuestra última oportunidad.

Cuando todo se deshizo, cuando Lorenzo logró escapar y la policía llegó, Javier volvió a mí y me sostuvo fuerte, transmitiéndome que no estaba sola.

La casa volvió a ser el único refugio real aquella noche, aunque las paredes parecían haberse encogido hacia adentro. Javier se dejó caer en el sofá con un suspiro largo, ese que se guarda toda la tensión de horas en las que apenas respiras.

Yo, sentada mirando la ventana, veía la sombra de los árboles moverse con la brisa, pensando que jamás había sentido el miedo tan cerca, ni la claridad de una amenaza que vuelve con tanta fuerza. Pero también sabía algo más: que Javier no iba a permitir que esa sombra nos venciera.

Sacó unas galletas de la despensa, y empezó a abrirlas antes de ofrecérmelas

—¿Te apetece una? —me preguntó, con la única intención de

sacarme de mis pensamientos.

Le miré y, sin pensarlo, le apreté la mano. Porque sabía que era más que una pregunta. Era la forma en que decía: "Estoy aquí. No importa si esto se desmorona. Estoy."

Nos sentamos juntos, comiendo las galletas a sorbitos lentos y pensando en lo ocurrido.

—Nos esperan días difíciles —susurró—, pero no tengas duda de que lo atraparemos.

Lo miré desde el rincón de mi alma donde se guardan las promesas, y le creí.



CAPÍTULO 14

Dicen que cuando el miedo se instala ya no paga alquiler, solo espera a que bajes la guardia para redecorar los rincones. Y mira que yo lo intento, de verdad: aireo, abro ventanas, pongo música alta y cocino magdalenas que ni mi abuela reconocería. Pero hay días en que ni el mejor ambientador del supermercado puede con esa sensación de que algo —o alguien— está a punto de volver a dar la nota.

Aquella mañana tenía esa electricidad rara en el aire, como cuando va a llover, pero todavía no se decide el cielo. Javier se fue temprano a la comisaría y yo me quedé en casa, fingiendo normalidad entre llamadas perdidas de mi madre, algún mensaje de amigas, y el intento fallido de hacer yoga sin partirme la espalda ni la dignidad.

Pensé en permitir que la rutina ganara la batalla, pero mi sexto sentido empezó a cosquillear —ese que nunca avisa de loterías, pero sí de tormentas—. Revisé el móvil compulsivamente, puse doble cierre a la puerta y, al primer ruido raro en la escalera, sentí el vértigo ese de cuando sabes que tal vez es sólo el gato del tercero… o tal vez no.

A la hora de comer ya había sopesado más posibilidades que una novela de misterio mala. Olía a tortilla recalentada, la tele murmuraba en la cocina y yo saltaba con cada sombra. Así estaba el panorama hasta que me decidí a bajar al coche, convencida de que nada malo podía pasar en pleno día, con dos patrullas abajo, vecinos regando los geranios y señoras charlando.

La vida, ya se sabe, tiene debilidad por los sobresaltos.

Al abrir la puerta de abajo, noté un chirrido raro. Pensé: "tengo que decirle al portero que la engrase." Pero algo dentro me mandó parar. No sé si era la prudencia, o la voz de Javier repitiéndome "siempre revisa todo".

Me incliné y lo vi: unas marcas raras, casi invisibles, donde antes estaba intacta la cerradura. Me quedé fría. No era paranoia, alguien la había arrancado.

Saqué el móvil con las manos temblando, pero con la cabeza fría. Marqué el número de Javier casi sin pensar, sabiendo que esta llamada sí era de las que cambian el rumbo del día.

—No toques la puerta y sube al a casa de nuevo —ordenó.

—Está bien, pero ven pronto, por favor —fue todo lo que pude decir.

A partir de ahí, la vida se volvió una sucesión de tempos rotos: las patrullas llegando en menos de lo previsible, mi vecina que miraba desde el balcón, los agentes revisando huellas como si ese portón fuese el escenario de un drama criminal.

Javier llegó primero. Lo reconocí por la manera en que se bajó del

coche patrulla, con prisa y sin disimulo. Venía dispuesto a todo —a salvarme otra vez, a pelear, a tragarse el orgullo y la rabia si hacía falta. Me abrazó fuerte, como si temiera que cualquier corriente de aire pudiera arrastrarme.

—Vas a tener que marcharte de este edificio —me dijo, con el ceño fruncido pero los ojos llenos de preocupación—. Estoy seguro de que ha intentado entrar aprovechando que yo no estaba.

—Iba a darte la sorpresa de hacer croquetas… pero creo que la sorpresa se me ha atragantado por el camino —le contesté, usando el humor de parapeto porque ya el miedo, a estas alturas, no se digiere más que con ironía.

Nos refugiamos dentro del piso, mientras la policía hacía de las suyas entre mi portal y la acera donde nunca deja de hacer pis el chucho del quinto. A veces, los agentes se turnaban para preguntarme detalles y tomarme declaración por enésima vez. Yo, cada vez más cansada y menos resignada, empecé a sospechar que mi vida era ya una saga de esas novelas donde la protagonista siempre huye con el pelo perfecto y el abrigo sin pelusas. La realidad, por supuesto, es mucho menos glamourosa.

Javier no se apartó de mi lado ni un momento. Hablaba por el móvil cada diez minutos, coordinaba patrullas, y a ratos solo me miraba con esa cara de "prometí cuidarte y esto está siendo más difícil de lo que creía". Yo, en cambio, intentaba cambiar la angustia por todo lo casero que se me ocurría. Preparemos té, busquemos algo en la tele, pongamos música, tapémonos con mantas...

Pero en el fondo de toda esa rutina improvisada, ambos sabíamos que la cuerda estaba ya muy tensa. Y que el próximo tirón, lo aguantábamos juntos… o se rompía por el lado menos esperado.

Cada vez que nuestras miradas se encontraban, sentía la pregunta flotando: "¿Hasta cuándo se puede vivir así?" No obtuve respuesta. Solo su mano apretando la mía, su hombro disponible cada vez que la realidad apretaba de más.

Cuando empezó a anochecer y los policías se fueron, la casa se llenó de esa tranquilidad rara que ningún perfume ni incienso puede tapar. Javier me preguntó si quería dormir en su regazo, si prefería quesito y pan o ver dibujos animados aunque no tuvieran ni la menor gracia.

Me rendí. Me tumbé a su lado, con una manta sobre los pies y la sensación de que, aunque Lorenzo no diese tregua, nosotros seguíamos siendo lo único verdadero.

Y con ese pensamiento, decidí que no me movería de su abrazo ni aunque sonara la alarma de incendio, los gatos decidieran invadir el salón o Lorenzo se asomara de nuevo.

No sé cuántas veces miré el reloj esa noche. Cuando el miedo te quita el sueño, los minutos se hacen larguísimos y las cortinas parecen moverse más de lo que permiten las leyes de la física. Sentí a Javier respirar a mi lado como si su presencia fuera mi ancla, el único salvavidas en un mar en el que ni siquiera me había permitido aprender a nadar.

La policía había dejado claro que reforzarían la vigilancia del edificio. Javier habló con media comisaría y hasta con la portera, que sabiendo cuál había sido mi intención al bajar, me trajo croquetas frías como acto de solidaridad. Pero el miedo, nunca se va del todo.

No supe dormir ni un rato. Me levanté y fui al salón, puse un poco de música en la radio y Javier apareció enseguida.

Nos sentamos de nuevo en el sofá, con una taza de leche caliente que no arregla nada, pero ayuda a fingir que todo sigue teniendo sentido.

—¿Sabes? Durante muchos años creí que proteger era solo cuestión de músculo —me confesó, con la voz partida por la fatiga y la rabia.

—¿Y ahora? —pregunté, quizá porque también necesitaba escuchar algo nuevo.

Javier suspiró, miró la taza y después, por fin, me miró a mí.

—Ahora sé que proteger es quedarse, aunque todo sea incierto. Es estar aquí, a tu lado, incluso cuando no puedo asegurarte que no pasará nada malo. Porque a veces, cuidar es simplemente no irse.

Quizá por eso, por esa pequeñez humana, es por lo que en medio del pánico empecé a quererle de verdad. Porque nadie, ni el mejor policía del mundo, tiene las espaldas tan anchas como para pararlo todo. Pero hay quien, aun así, lo intenta.

La madrugada arrancó entre anécdotas y confesiones. Hablamos de las familias, de vivir en algún lugar pequeño donde lo más peligroso fuese la cafetera. Reímos más de lo esperado y lloré poco —solo lo justo para dejar que Javier me abrazara aún más fuerte.

Fue el móvil el que rompió el hechizo. El sonido estridente a las cinco y algo fue un síntoma y no un aviso. Javier contestó y la cara le cambió en un segundo: Lorenzo no se conformó con jugar a los sustos. Alguien —él, o quien lo cubría— intentó sabotear el coche patrulla que ahora vigilaba la zona. El peligro, literal, había saltado de categoría.



CAPÍTULO 15

A veces lo pienso: ¿hasta dónde puede estirarse el miedo antes de romperlo todo? Ahora lo sé. Hay noches en las que el miedo ya no cabe en la casa y se desborda por debajo de la puerta, y eso fue exactamente lo que nos tocó vivir.

La jornada empezó con ese cansancio de los cuerpos que han dormido en alerta. Todo costaba el doble: lavar los platos, ducharse, fingir que el café servía para algo más que para calentar las manos. Ni la noticia de que había más patrullas vigilando el portal conseguía deshacer la tensión que yo respiraba, como si el oxígeno de mi calle hubiera cambiado de fórmula química.

Pero esa tarde, cuando parecía que —por fin— se colaba una calma moderada en casa, el miedo decidió que también tenía derecho a gritar.

La llamada llegó a las siete y poco. La voz de Lola, tensa y urgente: "No salgas. No abras a nadie. Hay movimiento raro en las cámaras, Javier está de vuelta ya. Espéralo".

No hizo falta más. Cerré todo. Bajé persianas, bloqueé el teléfono y por un momento, dudé si respirar era seguir el protocolo o romperlo. El reloj vibraba en mi muñeca; eran minutos, pero sentía que latían horas.

Y entonces todo sucedió a la vez: una sombra cruzó por la ventana, pasos apresurados en la escalera de incendio, un forcejeo seco contra la puerta, un ruido de cristal que hace que la memoria retroceda a todos los terrores antiguos.

Fue Lorenzo. Primero la voz, después el puño, luego el cuerpo atravesando la puerta a medias y el brillo absoluto de la desesperación. Nada de palabras grandilocuentes ni discurso de villano: sólo el rugido de quien se ha convencido de que no habrá más oportunidades.

Mi reacción fue puramente instintiva: correr, saltar, buscar algo con lo que atajarlo. El corazón latiendo en los oídos, las manos heladas y la certeza de que todo podía terminar en ese instante. Sentí su fuerza, su odio, sabía que ahora iba "de verdad".

El caos se agolpó: jirones de gritos, olor a sudor, la pelea entre la supervivencia y el pánico. Lorenzo me empujó, una y otra vez, hasta sentir que perdía pie. Vi mi vida en flashazos: la niñez, mi madre, la risa torpe de Javier, el primer beso, la promesa de desayunos "cuando todo pase". Lo siguiente fue el cuchillo —sólo un destello, frío y rápido— y mi propio alarido, como sacado de una garganta que nunca había tenido una voz tan aguda.

Javier irrumpió entonces, igual que en las películas, pero sin cámara lenta ni banda sonora épica. Solo él, la rabia en la cara y el alma convertida en escudo. Saltó sobre Lorenzo sin miedo ni cálculo, y por un momento, la pelea fue solo ruido y cuerpos cayendo y brazos y gritos y el dolor caliente extendiéndose en mi costado.

No vi exactamente cómo acabó. Vi la rabia, el brillo del metal. Oí un golpe sordo, un grito final, la súplica de quien ya no espera piedad. Y después, solo sentí las manos de Javier buscándome, apretando la herida, repitiéndome mi nombre una y otra vez —como si el conjuro de pronunciarme bastara para retenerme aquí.

La escena fue un vaivén de luces y alarmas. Alguien llamó ambulancias, escuché sirenas lejanas, la voz de Javier temblando por primera vez en su vida y un sabor a sangre entre los dientes. "Quédate conmigo, quédate, mírame, prométeme que vas a quedarte". No recuerdo bien si logré hablar, pero noté su mano firme, el calor de sus lágrimas sobre mi pelo y la desesperación de su abrazo.

La última imagen, antes de que las luces azules me devoraran el dolor, fue su cara, desenfocada, pero decidida.

Dicen que la vida, cuando decide quedarse, lo hace con todas sus fuerzas. Yo eso lo aprendí en la camilla de una ambulancia, entre pitidos de monitores y el traqueteo de los neumáticos sobre las calles que ya no reconocía. Recordé fragmentos sueltos: las sirenas, las voces apresuradas de los sanitarios, la mano de Javier aferrada a la mía como si la fe pudiera transmitirse por contacto.

Había sangre, frío, el olor a metal y sudor de la urgencia, el parpadeo de los fluorescentes en los techos de hospital. El dolor era casi un personaje secundario, lejos, tapado por el miedo de no volver a ver su cara o de que lo último que recordara fuera el odio de Lorenzo y no la ternura inagotable de quien me salvó la vida.

Recuerdo, también, la voz de Javier, quebrada y fuerte a la vez, exigiendo que me atendieran, negociando cada segundo con el hospital, prometiendo que no iba a irse ni aunque lo echaran a patadas.

Entré y salí de la conciencia. A veces era la voz rota de Javier, otras la luz punzante de la sala de operaciones, y a veces solo el frío y el olor a desinfectante. Hay un lugar donde el dolor y la esperanza

se funden, y ahí anduve horas o días, flotando sin tiempo.

Recuerdo despertar rodeada de cables y máquinas y la cara descompuesta pero luminosa de Javier pegada a la mía. Tenía la barba mal afeitada, las ojeras de mil vidas, y la voz bajita por si asustaba al milagro de que yo volviera.

—Eh... —dijo, como si cada sílaba fuera un sortilegio—. Si ahora no prometes que vas a quedarte muchos años, me invento un drama delante de todas las enfermeras.

No pude evitar sonreír, aunque no sentía ni la boca.

—Quédate tú y no me sueltes nunca.

Balbuceé como pude y se le aguaron los ojos. A él, que siempre había sido mi escudo de palabras austeras y brazos firmes. Me acercó la mano a la frente y me besó el pelo con esa mezcla de miedo, alivio y amor puro que no necesita testigos.

—Ni la muerte, ni tu ex, ni tu mala leche a las siete de la mañana van a separarnos —susurró.

No sé cuánto tiempo pasó, pero Javier no me soltó ni cuando los médicos dijeron que la operación salió bien, ni cuando me dormía en medio de sus historias —porque sí, incluso en la UCI logró inventar anécdotas para que yo tuviera algo bonito a lo que agarrarme.



EPÍLOGO

Tengo la sospecha de que en los hospitales el tiempo no pasa igual que fuera. Aquí dentro, las horas se estiran y se encogen a capricho. Un minuto puede durar la eternidad de un dolor agudo o la fugacidad de un beso robado entre la cortina y el desastre. En mi caso, el tiempo se convirtió en una secuencia de visitas y médicos de voz suave que siempre empiezan diciendo "todo va bien, pero hay que ir despacio".

Ir despacio. Esa fue la consigna, la frase de Javier y de mi madre, de las enfermeras y de mi propio cuerpo. No podía ser de otra forma: andar era casi una aventura y reír a carcajadas venía con el ticket regalo de una punzada incómoda en el costado.
Javier fue mi enfermero de guardia, mi chófer de sillas de ruedas, mi proveedor oficial de galletas y cafés que se enfrían antes de que la conversación termine. Me cuidó sin aspavientos, con la entrega

cautelosa y torpe del que antes había cuidado de todos, menos de sí mismo.

—Échate la siesta, anda —me decía, doblando la manta con rectitud militar—. Descansa, que ya has peleado bastante.

Las tardes se hicieron de lectura de novelas, crucigramas asistidos y debates infinitos sobre si en la tele pública cocinan mejor que en los canales de pago. A veces venía mi madre cargada de tuppers, bragas nuevas y ese discurso de "aun no te levantes que la herida no ha cerrado". Yo le hacía poco caso, pero a Javier nadie le hace sombra en eso de mimarme sin resultar empalagoso. Cada vez que él entraba en la habitación, me sentía un poco menos enferma y un poco más viva.

A veces, cuando duerme hecho un ovillo en la butaca, me fijo en cómo se le desordena el pelo, en el parche en el codo de su chaqueta, en los surcos leves que empiezan a asomarle en las comisuras. Él, que llegó con la promesa de proteger y acabó salvando lo que ni yo sabía que necesitaba salvar.

El hospital fue lugar de miedos y de milagros en igual proporción. Aprendí —entre pinchazos y medicinas— que nada está perdido mientras la vida siga, y Javier cumplió su palabra. No se fue.

Un día, cuando volví a andar despacio por la habitación, me atrapó de la cintura y me susurró al oído:

—Te amo.

Y entonces supe, mientras me abrazaba y sentía al mundo latir bajo nuestras manos, que ese era el epílogo que quería escribir: sobrevivimos, juntos, y ya nada ni nadie podrá quebrar el milagro de nuestro amor.